



Fotografía original del montañero renteriano JESUS HOSPITALER, que obtuvo el primer premio en el "Salón de Primavera" del C. D. Navarra, de Pamplona, el pasado mes de mayo. Este concurso es, quizá, el más importante de los que se celebran en España dedicado a la fotografía de montaña.

ESCALANDO

Por «URDABURU»

Son las seis de la mañana cuando me despierto en el pequeño refugio. Al abrir la ventana oigo un ¡ay! acompañado de un «taco». Es que he pisado a un montañero de los muchos que están durmiendo en el suelo. Cosa lógica y normal cuando en un refugio en el que hay diez literas, aquel día de agosto pernoctábamos treinta y ocho personas. Un verdadero record.

El día se presenta espléndido y rápidamente despierto a mi compañero. En un voleo nos vestimos y cuando bajamos lo hacemos con las botas en la mano, pensando que en caso de pisar a otro, le haremos menos daño.

Para empezar, desayunamos fuerte. Luego, con prisa, elegimos el material, y cargando un pequeño morral con agua y comida de pared, nos ponemos en camino. En

seguida nos encontramos remontando la dura pendiente de cascajo que nos lleva a la base de la pared.

Alición, pasión, amor propio... Envueltos en aquel gran silencio nos encordamos y sin pensarlo dos veces mi compañero ataca el primer largo. Le sigo, y cuando llego donde él, prosigo yo en cabeza por una especie de chimenea descompuesta. Así, largo tras largo avanzamos, seguimos subiendo, continuando otra vez con esa lucha que más que con la roca, es contra nuestra fuerza física y, a veces, contra el miedo.

Sigue mi compañero y por un resalte de roca le veo desaparecer. Me encuentro solo entre el cielo y la tierra, solamente unido por una cuerda que es como un vínculo fraternal que me liga con mi amigo. Veo que la cuerda no corre.

—¿Qué sucede?—pregunto.

—Estoy en un mal paso—me contesta.

Agarro más fuerte la cuerda por si hay un posible «vuelo». Al poco noto cómo la cuerda se arrastra muy



lentamente y ¡ya está! La cuerda ahora pasa rápida por mis manos y mi hombro. ¡Por fin!, ahora le veo. Intenta llegar a una plataforma de reunión. La superación es brutal pero llega a esa reunión. Desde allí tensa la cuerda y voy hacia él. Me anima, lanza gritos de alegría y entona—sin que venga a cuento—, el «Dos gardenias para ti». Aunque la voz de Machín la imita muy bien, está aporreando cruelmente el pentagrama.

Cuando llego, lo primero es un trago de agua y media docena de dátiles. Luego mediamos algunas palabras sobre los dos siguientes largos, los más fáciles de la escalada, e inicio el primero de ellos que empieza con un extraplomo en libre de pocos agarres aunque seguros. Cuando domino este trozo, que no respeta la ley de la gravedad, miro debajo de mis pies y experimento una extraña sensación abismal que se pierde en el fondo de la canal, trescientos metros más abajo. He llegado a una pequeña e incómoda plataforma y aviso a mi compañero que ya puede subir. Es él quien continúa el siguiente largo, descompuesto, y que termina con otro extraplomo. También salva éste y hace una nueva reunión que es la novena de la jornada. Desde allí ya volvemos a subir unidos trepando a la vez por terreno fácil. La verticalidad ha desaparecido y por fin pisamos la cumbre.

Un apretón de manos sella el final de la conquista y el principio de una larga tumbada en la cima, acariciados por la suave brisa del atardecer y gozando de aquellas perspectivas que compensan de los malos ratos y las penalidades de un difícil «largo» o de una incómoda reunión. Es la compensación del montañero, el triunfo de cada cumbre, basado en una voluntad que sabe sujetar los nervios y en las energías de un cuerpo que sabe sufrir.

Cuando nos incorporamos para iniciar el descenso, recordando que aún nos quedan algunos rapeles para volver a la base de la montaña, percibimos la presencia de un águila que revolotea sobre nosotros, quizá asombrada ante la osadía de quienes invadimos sus dominios.